

Peña Batlle fué, desde su mocedad, el joven en que florecían las mejores dotes para alcanzar los más altos sitios, en lo político y en lo intelectual, en la generación dominicana del 1900. Su brillante participación en la campaña nacionalista de 1923 y en la cuestión fronteriza dominico-haitiana, cuando apenas salía de la adolescencia, es testimonio de la capacidad y del patriotismo de que dió muestras desde entonces.

Como ensayista, sin duda el más notable entre nosotros, en los últimos años, deja libros tan importantes como *La Isla de la Tortuga* y *La cuestión fronteriza dominico-haitiana*. Como político desempeñó diversas Secretarías de Estado y fué legislador y diplomático: en todas esas altas funciones, ejercidas efi-

cientemente, reveló su extraordinaria aptitud en las cosas de Gobierno. Su talento, su limpidez de corazón y de conciencia, su libertad de pensamiento, su don de gentes, su atrayente personalidad, le convirtieron en uno de los mejores y más importantes colaboradores que el Generalísimo Trujillo ha tenido el acierto de llevar a su servicio.

La Academia Dominicana de la Historia le consagra, conmovida, a su ilustre Miembro de Número, Lic. Manuel Arturo Peña Batlle, esta enlutada edición de *Clio*

Su cara memoria no perecerá en la República. Vivirá por siempre en las letras dominicanas, en el devoto recuerdo de sus compatriotas, en el corazón de sus amigos.

M. A. Peña Batlle (*)

Por el Lic. V. DIAZ ORDÓÑEZ

Señor Rector,
Señores Académicos,
Señores Decanos y Profesores,
Señores Estudiantes:

La Academia Dominicana de la Historia comparece, profundamente apenada, en este solemne momento en que el Licenciado Manuel Arturo Peña Batlle, historiador eminente, académico esclarecido, profesor admirable, escritor de noble estilo y pensador en cuyas ideas se asociaron siempre armoniosamente la profundidad filosófica y la altura luminosa del bien y de la verdad, traspone los horizontes de esta vida.

El académico Peña Batlle vivió la historia, hizo historia, escribió historia y entra en ella con la misma indisminuible estatura con que cruzó los empinados senderos de la vida pública y con que pasó, llevando en el alma y en el pensamiento el pabellón cruzado, por los discutidos caminos de la vida internacional.

Sobre su cabeza de adolescente, en días aciagos en que los ojos de la Patria estuvieron llenos de lágrimas, los laureles austeros del patriotismo hallaron en su frente joven un bello marco de dignidad nacional; y su rara vez igualado alto y puro pensamiento político jamás descendió de su clara cumbre, a todo lo largo y en toda la amplitud de su vida ciudadana. Así lo encontramos en su colaboración leal e inmaculada, responsable y limpia, a la intensa y honda obra de gobierno que inspira y dirige el Generalísimo Trujillo

Molina. Tal es el paradigmático blasón político del ilustre desaparecido y ese es el varonil ejemplo que deja para los hombres de fe que vivimos en estos años de dinamismo y de total renovación de la Patria.

Manuel Arturo Peña Batlle: Tú eres de los buenos y "puesto que los buenos mueren, la muerte no puede ser un castigo". Tu acrisolada fe cristiana ha de iluminarte los caminos que conducen hasta el seno amoroso del Señor, y hasta los cuales no puede llegar la voz de los que quedamos, prendidos a tu ejemplo, en esta otra orilla esperando el turno que habrá de señalarnos el barquero inexorable.

Todas las lágrimas del mundo no bastarían para llenar el vacío de tu ausencia; ni las aguas de todos los diluvios podrían borrar tus huellas de hombre cabal sobre esta tierra que tanto amamos: no parece una caprichosa casualidad ni una simple coincidencia que tus restos mortales desciendan a la madre tierra dominicana en los mismos días de este año de gracia de 1954 en que el mundo cristiano conmemora atribulado la muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

La Academia Dominicana de la Historia, en cuyo seno deja tu ausencia negros crespones y enlutados recuerdos, une su duelo al de esta ilustre Universidad de Santo Domingo, al de las letras nacionales y al de la sociedad dominicana.

(*) Oración pronunciada en nombre de la Academia Dominicana de la Historia, en el Salón de Catedráticos de la Universidad de Santo Domingo, ante el cadáver del ilustre académico.

